

El zapatismo en la era de la autonomía

ROSALBA AIDA HERNANDEZ

*Héctor Díaz-Polanco,
La rebelión zapatista y la autonomía,
Siglo XXI Editores,
México, 1997.*

Hace algún tiempo, Héctor Díaz-Polanco me comentaba que, en una de sus múltiples confrontaciones con los críticos de la autonomía, una conocida antropóloga le aseguró que la autonomía no podía ser una reivindicación indígena, ya que jamás había escuchado el término entre los indios. Corrían los primeros días de 1994. Ante tal argumento, Díaz-Polanco señalaba que si nuestra tarea como científicos sociales consistiera en sólo reproducir los discursos de los pueblos indígenas, para ello bastaría una buena grabadora; entonces estaríamos renunciando a nuestra capacidad analítica y, en tal caso, más nos valdría dedicarnos a otra cosa.

Utilizar criterios lingüísticos o esencialismos étnicos para deslegitimar las demandas de autonomía como poco "auténticas" es no reconocer que los pueblos indígenas viven en un mundo cada vez más interrelacionado y no en comunidades aisladas; es cegarse ante el hecho de que sus organizaciones y sus luchas se han desarrollado en estrechos vínculos con otros sectores de la sociedad.

Advierto que, en muchos casos, los investigadores sociales no sólo han aportado herramientas analíticas para explicar los movimientos sociales contemporáneos, sino que han sido parte integrante de los procesos que se proponen explicar. Tal es el caso de Díaz-Polanco y sus vínculos con el movimiento indígena en México. Héctor no ha sido un distante observador y analista de los procesos sociales, el etnógrafo solitario cuestionado por Renato Rosaldo (1987), sino que ha sido actor de la historia que nos narra en la tercera parte de su libro *La rebelión zapatista y la autonomía*. En movimientos anteriores, luego como integrante de la comisión técnica de seguimiento de la Asamblea Nacional Indígena Plural por la Autonomía (ANIPA) y, en 1995, como asesor del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en la mesa sobre "Cultura y derechos indígenas", Díaz-Polanco ha aportado importantes elementos al debate político en torno a la autonomía.

Sin pretender sobreestimar el grado de influencia de la producción académica, la experiencia mexicana es, quizás, un caso sui generis en Latinoamérica, en lo que respecta al importante papel que, para bien o para mal, ha jugado la antropología en la construcción de un imaginario colectivo sobre la nación.

En los años cincuenta y sesenta, Gonzalo Aguirre Beltrán sentó las bases para todo un modelo de nación que se fundaba en la "integración" de la población indígena. El concepto de aculturación se convirtió en el término oficial para justificar y legitimar la imposición de la cultura nacional sobre las culturas indígenas. El México mestizo era el único México viable para el indigenismo oficial de esa época.

A fines de los años setenta y en los ochenta, Guillermo Bonfil Batalla se convirtió en el ideólogo del multiculturalismo en México. Su obra, *México profundo* ha sido utilizada tanto por los movimientos indígenas como por el nuevo indigenismo oficial. El Estado mexicano finalmente reconoce, con 500 años de retraso dirían algunos, el derecho a la diferencia cultural. El México multicultural empieza a aparecer hasta en los anuncios de la empresa Televisa.

En la segunda mitad de los ochenta y durante los noventa se desarrolla un nuevo discurso sobre la nación que, poco a poco, ha ocupado un lugar central en el debate y la lucha política. El México de las regiones autónomas empieza a reivindicarse en distintas partes del país. En la construcción de este nuevo proyecto ha sido fundamental el aporte de Díaz-Polanco.

No quiero decir con esto que los cambios en el proyecto de nación se hayan debido enteramente a los antropólogos. Transformaciones políticas y estructurales, luchas sociales y negociaciones han creado las condiciones necesarias para que las propuestas de aquéllos influyeran en el discurso oficial o en el de las organizaciones indígenas y campesinas. Paradójicamente, a pesar de las grandes diferencias y hasta confrontaciones que se dieron entre estos tres autores, cualquier estudio, que se proponga reconstruir la génesis y transformación del proyecto nacional en México, tendrá como lecturas obligadas las obras de Gonzalo Aguirre Beltrán, Guillermo Bonfil Batalla y Héctor Díaz-Polanco.

Precisamente porque en México la producción académica no ha quedado empolvada en alguna biblioteca, sino que en algunos casos se ha convertido en base para la formulación de políticas públicas o de plataformas programáticas de movimientos sociales, es tan fundamental que quienes han decidido ir más allá del trabajo etnográfico de comunidad, al momento de hacer sus propuestas, reconozcan la complejidad del entramado social y retomen los aportes de quienes se han dedicado a los estudios micro. El ser escuchados, leídos y retomados por los movimientos sociales es un verdadero privilegio que, a la vez, implica una responsabilidad histórica muy grande.

Es por esto que me preocupa que en la historia y análisis que se nos presenta en *La rebelión zapatista* y la autonomía casi no aparezcan los conflictos intercomunitarios, la violencia y la lucha por el poder que han desgarrado el tejido social de las regiones indígenas de Chiapas y de otras partes del país durante varias décadas. Quienes hemos vivido y trabajado en las comunidades indígenas de Chiapas, sabemos que el caso de San Juan Chamula es un extremo, pero no la excepción. Sabemos que el hecho de que los indígenas estén recuperando territorio, y muchos ladinos hayan salido de sus pueblos, no vuelve a estas comunidades más autónomas. El Estado ha logrado construir una red intrincada de relaciones caciquiles a través de la cual mantiene un control parecido a lo que los ingleses llamaban la indirect rule o ley indirecta.

En la guerra de baja intensidad que se libra en Chiapas, el mayor número de muertos no ha sido resultado de los doce días de acciones bélicas entre el EZLN y el Ejército Federal, sino de enfrentamientos intercomunitarios o regionales en los que participaron grupos paramilitares, como los Chinchulines y Paz y Justicia, que están integrados por "hermanos indígenas" choles, tzeltales, tzotziles... Las complejas redes de dominación no consisten sólo en grupos ladinos dominantes y su aparato estatal contra indígenas que resisten a la par de su ejército de liberación. Incluyen también un complejo entramado que se ha formado a través de los años de colonialismo inter-no y relaciones clientelares.

Dentro de este contexto, las mujeres se han convertido en botín de guerra de distintos bandos, y la violación en un instrumento de represión del Estado, de amedrentamiento por parte de los caciques y hasta de venganza por parte de los expulsados de sus comunidades. El reto que enfrenta la constitución de un régimen de regiones autónomas es no sólo el de un Estado centralista que no está dispuesto a perder sus privilegios, tan acertadamente descrito por Díaz-Polanco, sino también el de una sociedad civil dividida y en muchas regiones enfrentadas, así como el de culturas indígenas y mestizas marcadas por las relaciones de dominación. Democratizar las regiones pluriétnicas es un prerrequisito para que el nuevo proyecto de nación que se esboza en el libro pueda representar realmente una alter-nativa para una mejor convivencia entre indígenas y ladinos.

Entiendo que políticamente es importante poner énfasis en la unidad del movimiento indígena y reivindicar tradiciones culturales como son el trabajo colectivo, el respeto a la madre tierra y los procesos jurídicos conciliatorios, pero estoy segura de que ni Díaz-Polanco, ni ninguno de los ex asesores del EZLN (como André Aubry, Antonio García de León, Luis Hernández o Lucio Leyva) desconocen las profundas contradicciones que marcan los llama-dos "usos y costumbres" de las culturas indígenas y mestizas. A ellos mismos les ha tocado confrontar los difíciles retos que implica la construcción de un movimiento indígena amplio, plural y democrático. Sin embargo quienes, desde la vida cotidiana, las ONG o la investigación comunitaria, nos enfrentamos a la violencia sexual y doméstica, al caciquismo indígena y mestizo o al faccionalismo comunitario no podemos evitar cierto pesimismo frente a propuestas políticas que parten de que es posible unificar regiones enteras contra un federalismo centralista.

A pesar de todo lo expuesto, considero que imaginar lo que antes era inimaginable es un primer paso para la construcción de un nuevo tipo de sociedad. En este sentido, la propuesta autonómica ha venido a desplazar el discurso hegemónico del Estado sobre la manera como debe funcionar esta comunidad imaginada (Anderson, 1983) que llamamos México. A este respecto quisiera retomar el concepto de hegemonía, propuesto por Williams Roseberry (1994), no como consenso sino como la manera en que las palabras, imágenes, símbolos, formas, organizaciones y movimientos, utilizados por la población subordinada para hablar, entender, confrontar, adaptarse o resistir la dominación, están marcados por la dominación misma. Lo que la hegemonía construye no es una ideología compartida, sino un marco común de referencias y significados para vivir y actuar en los órdenes sociales.

Hasta hace poco ese marco común era el federalismo centralista. El Estado reivindicaba el poder de "nombrar". Las propuestas autonómicas y el tener que incorporar el tema de la autonomía en el debate político entre el Estado y el EZLN, a pesar de las limitaciones descritas por Díaz-Polanco, le ha quitado al Estado la capacidad de "nombrar", de establecer los términos del diálogo en el sentido barthiano. En este contexto, la obra de Díaz-Polanco, *Autonomía regional: la autodeterminación de los pueblos indios* (1991), y el libro de que nos ocupamos ahora, han contribuido a crear un nuevo marco de referencia para el desarrollo de la lucha política y para imaginar la nación, desplazando el debate en torno a la democracia y la justicia fuera de los términos establecidos por el federalismo oficial.

Queda pendiente la promesa de desarrollar lo que el autor llama una "arqueología del concepto de autonomía", para poder conocer cómo se ha ido desplegando en el contexto mexicano y cómo se ha llenado de contenidos múltiples.

Defensor de la propuesta regional, Díaz-Polanco presenta la propuesta comunalista como una estrategia del INI para restarle fuerza al reconocimiento autonómico. Me parece que hubiera sido justo incluir en este libro los argumentos de quienes, desde el movimiento indígena y no desde el Estado, defienden esta propuesta. Para los que nos hemos mantenido al margen de este debate, aún quedan muchas interrogantes sobre cuáles fue-ron las diferencias de fondo que dividieron al grupo de asesores del EZLN en torno a la autonomía. Estas diferencias apenas se esbozan en el capítulo X.

A pesar de su distanciamiento, comunalistas y regionalistas han contribuido de manera importante a la forma como se discute y concibe la construcción de la democracia en las comunidades indígenas. La autonomía se vivía de hecho en muchas comunidades indígenas, pero no se formulaba aún como una reivindicación política. Quienes vivimos en Chiapas, hemos visto en los últimos tres años cómo este concepto se con-vierte en un término utilizado por intelectuales y líderes indígenas, en una reivindicación enarbolada por otros sectores de la población. Al tiempo que el término ha sido reapropiado, se ha llenado de nuevos contenidos. Por ejemplo, las mujeres indígenas —por cierto ausentes en el libro de Díaz-Polanco— han ampliado la definición del concepto de autonomía desde su experiencia de género. Así, se refieren a la autonomía económica que definen como el derecho de las mujeres a tener igual acceso y control sobre los medios de producción; a la autonomía política como mujeres que respalde sus derechos políticos básicos; a la autonomía física para decidir sobre su cuerpo, y a la autonomía sociocultural que definen como el derecho de reivindicar sus identidades específicas en tanto indígenas.

La lucha por la autonomía a distintos niveles, desde la casa, la comunidad, el municipio y la región está ahora en el centro de la lucha política en México. El libro que hoy tengo el gusto de presentar es una parte importante de esa historia que aún está por escribirse, pues como señala el autor: "Es evidente que esta historia continuará."

Referencias

Anderson, Benedict, Imagined Communities: Reflection on the Origin and Spread of Nationalism, Verso, Londres, 1983.

Aguirre Beltrán, Gonzalo, Regiones de refugio, Instituto Indigenista Interamericano, México, 1967.

Aguirre Beltrán, Gonzalo, El proceso de aculturación y el cambio sociocultural en México, Instituto de Ciencias Sociales, Ediciones Comunidad, Universidad Iberoamericana, México, 1970.

Bonfil Batalla, Guillermo, México profundo, SEP-CIESAS, México, 1987.

Dfaz-Polanco, Héctor, Autonomía regional: la autodeterminación de las pueblos indios, Siglo XXI Editores, México, 1991 (2a. edición, 1996).

Encuentro Taller de Mujeres, Los derechos de las mujeres en nuestras costumbres y tradiciones, Memorias del Encuentro Taller, COLEM, San Cristóbal, 1994.

Rosaldo, Renato, Culture and Truth: the Remaking of Social Analysis, Beacon Press, Boston, 1987.

Roseberry, Williams, "Hegemony and the Language of Contention", en James C. Scott, Joseph Gilbert M. y Daniel Nugent (comps.), Every Day Forms of State Formation: Revolution and the Negotiation of Rule in Modern Mexico, Duke University, Durham y Londres, 1994.

La autora es coordinadora del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social-Sureste.

El presente texto fue leído el 22 de agosto de 1997, durante la presentación del libro.

Los demás comentaristas fueron: Mariclaire Acosta (presidenta de la Comisión Mexicana de Defensa y Promoción de los Derechos Humanos) y Marcelino Gómez Núñez (diputado tzotzil ante el Congreso del estado por el PRD). Araceli Burguete Cal y Mayor (PIPI), moderó la mesa.